La calle para el viernes 16 de julio de 2010
Diario de un espectador
Rubén Fonseca
Miguel ángel granados chapa

Rubén Fonseca, el autor de la novela *El salvaje de la ópera*, que hemos conocido en estos días, nació en Minas Gerais, Brasil, en 1925. Es un escritor prolífico, que narra lo que ha visto y vivido, y lo que imagina. Y no es extraño que combine sus vivencias con la ficción. Su editor mexicano dice que es un autor “de registros diversos y asombrosos”. Su “obra —añade— vasta y compleja, es una de las aventuras más estimulantes de las letras latinoamericanas. En sus páginas, los grandes temas de la literatura con narrados con el magnetismo hipnótico de un maestro del suspenso. En el año 2003 la Feria internacional del libro de Guadalajara le otorgó el Premio de literatura latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo”.

En México ha circulado la mayor parte de su producción: seis novelas y otros tantos volúmenes con sus cuentos. Las primeras llevan por título: *Buffo & Spallanzani*, *Diario de un libertino*, *Mandrake*, *la Biblia y el bastón*,; *Grandes emociones y pensamientos imperfectos*, *Del fondo del mundo prostituto solo amores guardé para mi puro*, y *Agosto*, que se ha republicado varias veces. Las colecciones de cuentos se titulan: *El agujero en la pared*, *Ella y otras mujeres*, *Historias de amor*, *La cofradía de las espadas*, *Secreciones, excreciones y desaliños*, y *Pequeñas criaturas*.

En su novela más reciente, Fonseca recrea la historia de Carlos Gomes, un célebre compositor brasileño que triunfó en Europa, principalmente en Italia, por sus óperas a veces surgidas de su necesidad de imitar el arte europeo, a veces tributarias de su propia herencia. De muy joven es descrito así por el autor:

“Su estatura es un poco mayor que la media; su porte es naturalmente elegante, pues tiene el cuerpo muy bien proporcionado. También usa un guardapolvo, como su hermano. Bajo la prenda de algodón que los protegerá de la polvareda de la carretera, usan una casaca de faldones cortos, cuello alto, corbata negra, chaleco, pantalón gris, prendas sencillas pero muy bien cortadas, pues los Gomes, además de buenos músicos, eran buenos sastres.

“Hoy, a los veintitrés años, Carlos nos muestra el siguiente rostro: bigote espeso, cuyos extremos gruesos y rectos terminan un poco debajo de la comisura de los labios (habrá ocasiones, más tarde, en que ese bigote tendrá sus puntas viradas y enceradas. Al final, ya blanco, escurrirá descuidado por las orillas de la boca); una piocha que comienza inmediatamente abajo del labio inferior y que le cubre el mentón; los pómulos son prominentes, y los dientes perfectos, muy blancos, contrastan con su tez morena. Cabellos abundantes llenan los lados de la cabeza;

Carlos los dejará crecer y vanidosamente los alisará con una ‘plancha de descomunal grosor’, dando a su cabeza un aspecto leonino. Pero tal vez lo que más llame la atención de este cuerpo singular sean los ojos. Hay en ellos inteligencia, impaciencia, desconfianza, ansiedad. Dicen que Carlos heredó los rasgos de su madre, bella cariboca (o cafuza, hay dudas), principalmente la nariz fina; del padre, mulato, recibió el mal genio y el talento para la música”

(Cariboco, explica el traductor Rodolfo Mata Sandoval, es un mestizo de blanco con indio, mientras que cafuzo es un mestizo de negro con indio. Gomes no dejó nunca de considerarse a sí mismo, sobre todo en sus días de depresión, un caipira, es decir provinciano, ignorante, poco educado. En México sería ranchero).